



NARRATIVA

Perdido en el tiempo

En su nueva entrega detectivesca, la fórmula que le dio brillante resultado a Leonardo Padura en *Herejes* se torna ahora cansina e innecesaria

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Resulta evidente que Leonardo Padura no quiere que su famoso detective sea uno más. Siempre quiere darle un sello personal a Mario Conde. Y lo logra a pesar de lo mucho que a veces nos recuerda a Sam Spade y a Philip Marlowe. Lo dotó de una faena para sobrevivir conectada con el orbe libresco. Tampoco descuidó su capacidad empática con su contexto social y político, una manera, también, de rendir homenaje a los clásicos de la novela negra americana. Ahora llega *La transparencia del tiempo*. Aquí está Mario Conde, como enclaustrado entre las cuatro paredes de la húmeda La Habana, con su chucho, sus visitas a la novia-amante de casi toda su vida, sus roces ideológicos con el régimen postcastrista y su endémica desilusión. En este sentido nada nuevo, aunque sí la sensación de que los años le caen sin remisión, además de unas ocasionales ganas de escribir. Nada nuevo, aunque con algunos matices.

La trama de *La transparencia del tiempo* se articula tras la búsqueda de una virgen negra y milagrosa. Tras años sin verlo, un día aparece un antiguo compañero de instituto para pedirle ayuda: necesita que Mario Conde busque y encuentre esa virgen que le ha sido robada, junto con otras joyas de mucho valor. En medio de este asunto, se entrecruzan otros personajes, algunos ya conocidos por los lectores, más otros destinados a complicar la trama, a llevarla de aquí para allá, hasta desembocar donde desembocan todas las novelas policíacas: la revelación del pecado que siempre se estuvo a tiempo de no cometer.

La novela se mueve entre cuatro ejes cronológicos. El presente, en el que sucede la peripetia principal, y tres ejes más representando tres circunstancias históricas de España y de Cataluña en particular (la guerra civil de 1936-1939, la guerra civil de Cataluña, que se libra entre 1462 y 1472, y un suceso, acaecido cuatro siglos antes, en los mismos paisajes de la

Cataluña medieval). Toda esta multiplicación de tiempos y espacios tiene una explicación: dar cuenta histórica del leitmotiv de la novela. El autor cubano ya procedió de manera parecida en su novela *Herejes*, incrustando en su trama un cuadro de Rembrandt y llevándonos a la judería de Ámsterdam, en el siglo XVII.

Acabada de leer *La transparencia del tiempo* me invadió una especie de *déjà vu*. Como si a pesar de su distinto asunto, hubiera leído una novela ya leída de Leonardo Padura. Es evidente que su autor no disimuló su homenaje a *El halcón maltés*, de Dashiell Hammett. Estaba en su derecho, aunque eso, a la postre, le vaya restando interés novelístico a su detective. Ahora preguntémonos que hubiera sido de *El halcón maltés* si Hammett hubiera considerado necesario, para enriquecer su historia, remontarla a la era en que se funda el Orden de Malta. La fórmula que le dio brillante resultado en *Herejes* se torna ahora cansina e innecesaria. El foco de interés de la novela se va desdibujando cada vez que al lector se le exige un cambio de perspectiva, sin que ello aporte nada al relato medular. Escribe Pierre Lemaitre que hay que tener cuidado con no confundir la tarea del novelista con la del acróbata. En este error cayó el autor cubano. Soy un fan de Leonardo Padura, con o sin Mario Conde. Pero me quedé con la idea de que, en este trance, Padura deja a su detective demasiado perdido en el tiempo.

La transparencia del tiempo

Leonardo Padura
Tusquets, 2018
448 páginas, 19,90 euros

NARRATIVA

La culpa y el rencor

POR MARÍA JOSÉ OBIOL

Me situé de inmediato en la isla. Y vi la casa familiar que ya no les pertenecía. Esa casa en Ibiza que daba a la playa de la Xanga, donde Laura, la narradora, vacía en el mar el contenido de una pequeña caja roja que lleva consigo. O tal vez esto ocurriría más tarde. Y sí, pensé que esta era una historia que me atrapaba desde el inicio y que decía de una familia que ya no se relacionaba como tal. Una madre ausente que había pintado una serie de llenos titulada *Los olvidados*; un padre cuyo libro *Todo es una isla* señalaba los límites del horizonte y que también marcaba esas cotas entre él y los demás. Ese hermano pequeño, adolescente y joven que mediante las escalas de la memoria se iba perfilando en la novela. Y estaba ella, Laura, escribiendo, contándonos. Además de algún otro personaje influyente que les iba a acompañar en ese viaje. En ese transcurrir estaba el trasunto de una historia familiar que escondía desencuentros y rencores. Negación de perdón y de culpa. Un grupo pues, cuyos códigos de comportamiento iban a configurar un mosaico de identidades de un más que probable atractivo. Pero la aventura en la que se embarca Laura Ferrero (Barcelona, 1984), autora del libro de relatos *Piscinas vacías* (Alfaguara), con ese buen comienzo y planteamiento de la historia va perdiendo fuerza, pues Ferrero se lanza a una deriva de propuestas y giros de la novela que, queriendo desentrañar los porqués de los sucesos, rencores y culpas, difumina a los personajes y a la atmósfera del comienzo, y esa opción cómplice que se había establecido con quien lee, desaparece, pues la abundancia de explicaciones y enredos da vueltas a un drama más divulgativo que intenso. Por no hablar de esa necesidad de señalar frases y títulos de libros y canciones, para apuntalar los cimientos de las emociones, como si el rencor y la pérdida necesitarán de más alimento. Así que vuelvo al inicio. Y espero más de la futura escritura de Ferrero, porque yo, lectora, estuve allí. Y vi la casa que ya no les pertenecía y podría haber seguido allí por más tiempo, contemplando el mar de Ibiza, esa isla, al tiempo hogar, refugio y extrañamiento. Esa isla que para algunos "es un acto de la imaginación".



Qué vas a hacer con el resto de tu vida

Laura Ferrero. Alfaguara, 2017
298 páginas, 17,90 euros

NARRATIVA

Crónica generacional



Un vendedor hace pompas de jabón en la Gran Vía. EFE

POR ANA RODRÍGUEZ FISCHER

Silencio tras el telón del sueño ofrece dos de los rasgos que han caracterizado la obra narrativa de Mariano Antolin Rato (Gijón, 1943): la experimentación formal que guio las primeras novelas de gran parte de los escritores que, como él, iniciaban su andadura hacia 1970, y la voluntad de trazar, en sucesivos títulos, una crónica generacional y una revisión crítica de su tiempo, patente en el ciclo que inauguraba *Mar desterrado* (1988), continuaba *Abril Blues* (1990) —centradas en la década de los ochenta— y seguía *Botas de cuero español* (1995), que afrontaba los años noventa y los vaivenes sobrevenidos en los personajes de aquella generación al sesgo del rumbo que en España tomaba la vida política y la propia sociedad. *Silencio tras el telón del sueño* narra la historia de amor de Pedro Velasco (futuro pintor reconocido) y Kay Quirós (estudiante de filología e hija de familia bien) en el Madrid de finales de los sesenta, su boda en 1967 y la posterior fuga a Londres, las rupturas y reencuentros de los años sucesivos y los respectivos hitos profesionales, lo que en el caso de Velasco permite abrir estas páginas a unas reflexiones de naturaleza estética que sirven también como claves literarias: "Representar las cosas en blanco y negro es como usar un estilo, integrarse en una tradición. Parece más primitivo, pero en realidad se mete por el medio un procedimiento, una técnica. Las cosas nunca se ven de ese modo excepto en la fotografía, el cine, los dibujos con carboncillo, grafito, lápiz. El mundo que ofrece es menos directo que el de las imágenes en color".

Junto a ellos, en aquellos primeros años sobresale Juan Gálvez, muy ligado a la pareja y futuro poeta que se alzaría de España, reapareciendo mucho tiempo después. El paisaje generacional se construye a partir de detalles que pautan una educación estética y sentimental, expresada también mediante referencias musicales, cinematográficas y literarias. Ocasionalmente afloran personajes que representan posiciones más ortodoxas desde el punto de vista ideológico y futuros integrados del sistema. Este cuadro generacional se construye así mismo a partir del contraste entre los jóvenes y sus familias, sea a partir del choque entre padres e hijos o bien a partir de las relaciones fraternales. En la familia de los Quirós sobresale la abuela materna, Petra Gasset, un personaje espléndido, que sacude y vivifica el rígido retablo de la burguesía y la derecha civilizada al que pertenece.

Fiel a su poética, Antolin Rato no nos entrega un relato lineal, sino un conjunto heterogéneo de estampas o secuencias de distinta naturaleza y extensión que parecen aflorar impremedidamente porque es dudoso que los recuerdos sean lineales. "Como a veces se empeñan en hacernos creer las novelas cuando un personaje empieza a contar su historia" y porque esos recuerdos "surgen más bien debido a situaciones que en apariencia no tienen que ver con lo que sucedió entonces". Inflexiones de este tipo jalonan una novela cuya coda final la adentra en el terreno de la metaficción.

Silencio tras el telón del sueño

Mariano Antolin Rato
Peza de Plata, 2017
398 páginas, 23,90 euros